

PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 26 / Enero-Junio 2022

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 26 / Enero-Junio 2022

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



DIRECTORIO

Dr. Francisco Javier Avelar González
Rector

Mtra. Ana Luisa Topete Ceballos
Decana del Centro de las Artes y la Cultura

Dra. Adriana Álvarez Rivera
Jefa del Departamento de Letras

Dr. Ismael Manuel Rodríguez Herrera
Director General de Difusión y Vinculación

Mtra. Martha Esparza Ramírez
Jefa del Departamento Editorial

Mtra. Sandra Reyes Carrillo
*Coordinadora de las Revistas para la
Licenciatura en Letras Hispánicas*



Imagen de portada:
Recuerdo difuso de una infancia
Mario Bendeck

PIROCROMO

Editora:

Aurea Ariel Avila Macías

Editora adjunta:

Fanny Jaqueline Rubalcava Terrones

Consejo editorial:

Fernanda Padilla Jiménez

Laura Sharaí Reyes Vázquez

Luis David López Delgado

Luis David Muñoz Rico

María Daniela Ambriz Delgadillo

Marissa Paola Acevedo Godínez

María Fernanda Sánchez Márquez

Misael Alejandro Delgado González

Natalia Montserrat Luna López

Sara Yatziri Ayala López

Samael Vallejo López

Diseño gráfico:

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

Ricardo Yair Martínez Guerrero

Ilse Carolina Navarrete Ibarra

Mario Alejandro Robledo Bendeck

Gestión Cultural:

Karol Guadalupe Leos González

Contacto:

revistapirocromo@gmail.com

<https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>

Facebook: @pirocromo

Instagram: @revistapirocromo

Twitter: @PIROCROMO

*Pirocromo es una publicación universitaria sin fines de lucro. Todas las obras presentadas son propiedad de sus respectivos autores.

Índice

Editorial

3

Dossier Infancia

> NARRATIVA

Ninfa I

Norma Dennise Alcívar González

5

Ratones viejos

Ivonne Lara Navarro

14

A ti, princesita

Carmen Macedo Odilón

22

Aullido

Adolfo Córdova

39

Parto Huasteco 82

Alberto I. Gutiérrez

42

Ptaki

Abel Campos de la Rosa

53

> POESÍA

Pielamente

Omar Cancino Robles

(Omar Afuera)

16

Palas o de la infancia de Atenea

Ambrosía

19

Naufragio

Daniel Isaí Mata Velázquez

48

> ENTREVISTA

Saborear la poesía y jugar en

La enorme nada. Entrevista con

María Baranda

Consejo editorial

8

Tres hermanos de un mismo río.

Entrevista con Adolfo Córdova

Consejo editorial

30

> HISTORIETA

Corajitos

Mr. Pulp

29

> IMÁGENES

Índice

58



EDITORIAL

La vida, por sí misma, se puede definir desde distintas perspectivas y tiene características fundamentales que nos ayudan a diferenciar entre lo que está vivo y lo que no; una de estas pruebas mágicas e inevitables es el crecimiento, el paso del hombre a lo largo del tiempo y su persistencia. Así, la infancia es justamente la primera etapa que atravesamos y, considerando el peso que supone la peregrinación por estos años, aquí buscamos dar voz y reivindicar a la infancia. Principalmente, nos interesamos por aquellas niñeces que se escapan de los adjetivos ideales, aterrizando en la realidad y su ineludible dolor, reconociéndola como una etapa hostil que delimita profundamente la vida posterior.

La literatura nos enseña a encontrar las palabras y hacerlas nuestras, a reconocer la importancia de comunicar lo que sentimos y recordar que tenemos una voz que vale la pena escuchar. Sin embargo, a veces, cuando niños, no tenemos a alguien que nos enseñe a valorarnos, pero la literatura es una puerta siempre abierta y un hogar a donde podemos acudir cuando nos sabemos solos; en ella, descubrimos un espejo en el que mirarnos desde una tierna edad para saber quiénes somos, lo que queremos y lo que haremos para nunca olvidarnos, para convertirnos en nosotros mismos.

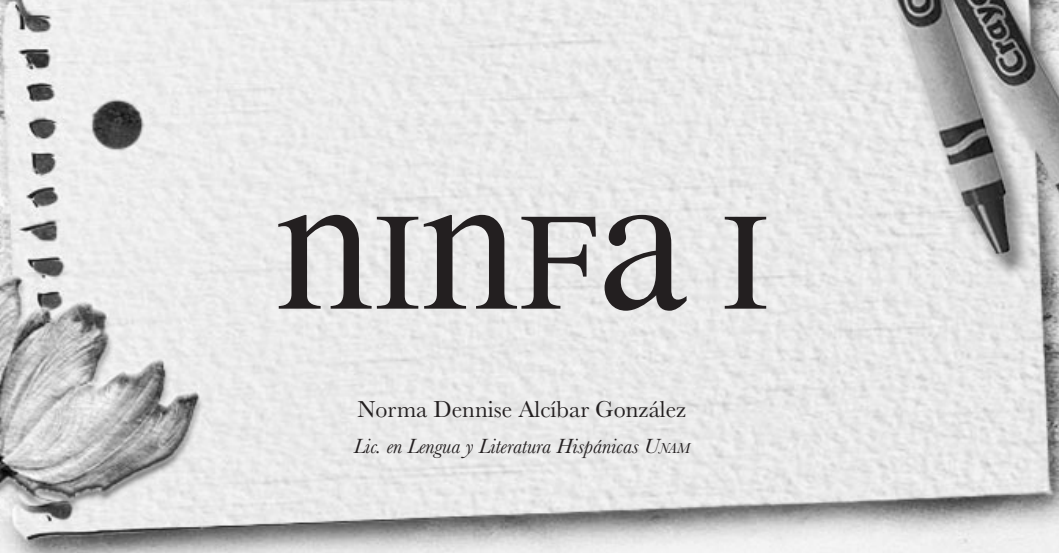
Por ello, pensamos en este dossier como una manera de cuidar al niño que fuimos y quizá necesitó de más cuentos antes de dormir; creemos en la posibilidad de sanar y curar las heridas que han quedado abiertas y escondidas por medio de la escritura y el juego. Honrar la infancia es otra manera de honrar el futuro, como un acto de amor universal, y en este número esperamos que encuentres las pequeñas vidas y huellas perdidas, para salvarlas y darles un nuevo significado. Agradecemos especialmente a María Baranda y a Adolfo Córdova por compartir con nosotros su pasión por la literatura infantil y juvenil, así como nuevas propuestas para cultivar(se), sin importar la edad, a través de ella. No hay que olvidar nunca el lazo eterno que une a la literatura y a la infancia, pues este siempre nos hará crecer.

Marissa Paola Acevedo Godínez



Dentro del círculo, Lintli Calderón

Lintli
Calderón



ninFa I

Norma Dennise Alcívar González

Lic. en Lengua y Literatura Hispánicas UNAM

Estoy esperando que ocurra algo memorable. Esta palabra significa ‘que nada puede borrarle de la memoria’, lo aprendí en la clase de hoy. Mis historias memorables las voy a escribir en este diario secreto. Sé que los textos prohibidos atraen la atención de los lectores, así que decidí tener un diario con candado, para guardar los secretos que quiero que todo el mundo conozca.

Casi soy una experta escribiendo diarios, pero todos los anteriores me aburríeron porque se parecían a la lista de tareas que hice durante el día. A partir de ahora voy a escribir grandes historias, porque ya tengo ocho años y cada vez más experiencia en la vida. Muchas cosas ocurren a esta edad.

Ser niña sería fácil si los adultos no estorbaran, ellos hablan por mí como si supieran todo. Preguntan poco, eso sí es de tontos, y fingen tener cada situación bajo control. No saben que nada se puede controlar. No lloran porque tienen todo bajo control. No ríen a carcajadas porque tienen todo bajo control. No protestan porque tienen todo bajo control. Qué pesadilla.

Definitivamente no quiero ser mayor, aunque no me inviten a sus conversaciones, prefiero ser una niña. Papá siempre dice: “Sobre esto no opines porque es cosa de adultos”. Las charlas serían más inteligentes si escucharan mi opinión. No sé quién decidió que la vejez está asociada con la sabiduría. Es obvio: las manzanas viejas saben asquerosas, y todos prefieren las uvas, no las pasas. El tiempo arruina lo que toca, hasta a las personas.

PIROCROMO

5

#26 INFANCIA

Ocho años son suficiente experiencia en este mundo, he aprovechado la vida con muchas preguntas, observaciones y experimentos. Mi tema favorito son las cochinillas, porque son insectos inteligentes. Hay muchas en el jardín, por eso les construí una ciudad, estoy intentando que la población crezca.

Creo que son animalitos libres porque ninguno se queda a vivir en mi ciudad más de un día. He intentado cambiar el orden de las rocas y hacer el ambiente más cómodo. Probé colocando más pasto, menos pasto, lodo y tierra seca. A veces construyo los muros con ramas, y pongo suficiente agua y comida. Nada funciona para que se queden, tal vez no les gusta.

Luego pensé que si huyen es porque odian estar solas, así que las reúno para que puedan vivir juntas y a salvo, pero no, simplemente no puedo lograr que mi comunidad de cochinillas crezca. Las que sienten mucho miedo se enroscan y mueren en esa posición.

Mi abuela compró un artefacto para atrapar moscas y las tiene allí: todos sus cuerpos muertos pegados a una cinta de gel. Sería una solución, pero yo jamás haría algo así, prefiero su libertad y su vida. He enterrado muchísimos cadáveres de cochinilla. Otros se los comieron las hormigas. Ahora entiendo perfectamente lo que significa la muerte.

Mamá me quiso explicar con una comparación muy tonta, que morir es ir al cielo. La mujer comprenderá pronto que la capa más superficial de la tierra es la atmósfera y ahí no puede vivir nadie porque no durarían más de un día. La muerte es una ausencia que está hecha de huecos. Así se siente cuando las cochinillas mueren: como huecos en el estómago. Es como si me faltara algo, pero no sé qué es. La misma sensación que tengo los domingos: el día de reunirnos en familia.

No me siento feliz en esas reuniones, odio ver a mis primos y tener que jugar con ellos, siempre a las escondidas. Mi primo mayor cuenta hasta diez para escondernos. Yo encuentro un lugar pequeño entre el armario de la abuela y su cama. Ahí me enroscó como cochinilla esperando que no me encuentre.

Lo escucho abrir la puerta. Sé que viene hacia mí. Sus pasos se acercan. En ese momento siento un gran hueco en la panza.

Mi primo llega a mis espaldas y me encuentra enroscada. Siento su mano salada en mis labios, alcanzo a ver la mugre en sus uñas. Cuando volteo para decirle que no me gusta este juego, él hace

un gesto para callarme. Veo que está furioso. Luego mi otro primo nos encuentra y los dos caen sobre mí.

Ellos son peligrosos. Me da miedo hacerlos enfadar, por eso sigo jugando, pero no lo disfruto. Me lastiman, pensar en mis primos me lastima. Sé que no debo permitir que las personas me lastimen, pero ellos son mi familia y me enseñaron que la familia no lastima, entonces no tengo que preocuparme. Aun así, me asfixia recordar lo que siento. Casi es lo único malo de ser niña. Pero conozco el secreto de las cochinillas para evitar el dolor: sólo tengo que enroscarme.

Me pregunto cómo sería vivir como cochinilla, tienen muy poquitas fases: huevo, ninfa I, ninfa II y adulta. Las etapas de su vida se parecen a las de los humanos: tal vez un minuto de vida cochinilla es lo mismo que un año humano. Yo estoy en la etapa de ninfa I, pero luego entendí que las cochinillas no tienen estos pensamientos. Se dedican a huir de mi ciudad cochinilla, no piensan en el paso del tiempo; yo sí, aunque no tenga sentido.

Cuando en la clase de español nos enseñaron las conjugaciones de tiempos verbales, supe que nos sobran todos: el presente es el único útil. Se lo dije a mi papá y se burló de mí, dijo: “Crece y lo entenderás”. Me pregunto si cuando sea mayor va a creer en mi opinión.

Ser una niña con imaginación no significa que sea mentirosa. La maestra dice que los humanos somos los animales más inteligentes; tal vez yo he tratado con puro bruto, por eso prefiero las cochinillas.

Ser niña es lo mejor que pudo pasarme, el mundo de los adultos me decepciona, pero todavía puedo decirlo sin sentir pena. Prefiero los mundos de los cuentos.

A veces me invento historias para dormir porque mi mamá no me lee suficientes cuentos; creo que le aburren las historias. Se duerme ella y yo no.

A los niños no se les debería dormir contando cuentos, porque son magia para despertar. Este diario estará esperando la gran historia que voy a contar cuando me ocurra algo memorable, lo juro, algo pasará.

SABOREAR LA POESÍA Y JUGAR en *La enorme nada*.

ENTREVISTA CON
María Baranda¹

Consejo editorial



PIROCROMO

8

#26 infancia

María Baranda, en esta ocasión nos gustaría que fueras nuestra guía por el camino florido y misterioso de la lírica. ¿Cómo relacionas la poesía y la infancia, y de qué forma se configura una poesía dirigida al público infantil para que sea efectiva?

Foto por: Consejo editorial

Poesía e infancia son algo muy natural. Cuando somos niños somos grandes exploradores. En nuestras infancias estamos descu-

briendo el mundo; como nunca sabemos a qué huele la tierra, a qué saben los terrones. Si yo les pregunto, ¿han metido los pies en el agua? Ustedes tienen que hacer ese recuerdo de cómo era. Todo ese mundo de sensaciones que abrimos en ese periodo de vida, son esa exploración asombrosa, esa manera de mirar todo: las flores, los pájaros, los silencios. Entonces, es una apertura al mundo, una investigación no nada más sonora, no nada más de qué es la palabra, porque cuando somos

¹ María Baranda (Ciudad de México, 1962). Es poeta, narradora y traductora; escribe para niños y adultos. Su obra ha sido traducida al inglés, francés, lituano y alemán. Ganadora del Premio de Poesía Efraín Huerta (1995), Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes (2003), Premio Internacional de Poesía Ramón López Velarde (2018), entre otros, y Embajadora de la Literatura Infantil y Juvenil de la FILJ 2017.

pequeños no estamos en esta posición de qué es el lenguaje, sino que cada palabra es un universo. Son muy solares las palabras. Entonces, poesía es eso: la poesía requiere de los ojos de alguien que esté muy atento y abierto, pero que en su página esté trabajando con los cinco sentidos. Y esos cinco sentidos están en los inicios de nuestras propias vidas. Entonces, ya sea que escribas para el público en general, o que escribas para niños, siempre el trabajo de un poeta tiene esa convicción de estar escribiendo desde su propia verdad. Por lo tanto, es una relación totalmente equilibrada hablar de poesía e infancia para mí.

Ahora, ¿cómo hacerlo y cómo acercar eso a los niños? El acercamiento es lo más importante de la literatura infantil, porque estamos hablando de una manera de hacerlo, de un tono. Pero, antes que nada, yo siempre tengo que saber que me estoy dirigiendo a uno de los lectores más difíciles que hay. Yo, que trabajo en el amplio espectro para niños y también para adultos, les puedo decir que los adultos damos más concesiones a la hora de leer. Decimos: “Aquí se me cayó la novela, pero voy a hacer el esfuerzo de seguir”, “Este poema no empieza muy bien, pero sé que es bueno y hago el trabajo de seguirlo”. Con los niños no es así, si a un niño no le gusta un texto a la primera línea, te lo avienta, te lo bota. Si tú no atrapas a un niño desde el primer párrafo en tu cuento, ese niño ya no estuvo contigo. Saber que es un reto retar su inteligencia es uno de los aprendizajes que me ha dado el escribir para niños. Es un trabajo de profunda honestidad, de profunda verdad con lo que estás diciendo, y por supuesto, de habilidad para poder transmitirlo.

¿Qué piensas acerca del panorama de la poesía infantil contemporánea? ¿Crees que lo que se produce está llegando de la manera más gentil y logra despertar el gusto por la lectura?

Yo diría que, como en todo, hay de todo: hay cosas buenas y hay cosas muy malas. ¿Cómo guiarnos como padres, como tutores, como maestros o bibliotecarios? Hay ciertas editoriales que tienen mucha calidad aprobada, y hay autores que trabajan muy bien la poesía infantil. Yo diría que Ediciones SM en sus colecciones de narrativa, el Fondo de Cultura Económica en “A la orilla del viento”, Ediciones El Naranjo, Castillo del Grupo Macmillan, son editoriales que tienen una gran calidad... Y el Fondo de Cultura, junto con la Fundación para las Letras Mexicanas, crearon hace diecisiete años un premio que se llama Premio de Poesía

Hispanoamericana para la Infancia, y eso ha hecho que muchísimos escritores se hayan acercado a escribir para niños. Es un premio que ha hecho que se mueva la literatura infantil en el mundo hispanohablante, y esta colección está permeando en los niños y en los lectores en general, y eso es fantástico; lo que hubo fue que a alguien se le ocurrió crear un premio que significa dinero. O sea, “escritor, ponte a trabajar para ganar algo y además vas a publicar en una editorial muy importante, en México, en una colección preciosa”, y esta colección ha hecho que se mueva mucho la literatura en nuestra lengua.

Las editoriales pequeñas y grandes han empezado a abrirle la puerta a la poesía para niños, aunque poco, porque le tienen miedo, porque la poesía vende mucho menos que la narrativa. No es porque a los niños no les guste, es porque a veces los maestros no saben qué hacer con eso y creen, de antemano, que a los niños no les va a gustar. En mi experiencia, siempre que voy a una escuela, aunque sea a leerles un cuento, yo comienzo leyéndoles un poema, y eso hace que la atención inmediatamente se quede.

En México, esto tiene apenas veinticinco años. Antes, nosotros, los de mi generación, no crecimos con autores mexicanos, crecíamos con puras traducciones: con los cuentos de Andersen, etc. Pero no había un grupo de escritores, de nuestro país, escribiendo para nosotros. Esto ha hecho que cambie el imaginario infantil. Además, el que los autores vayamos a las escuelas, a las bibliotecas, y conozcamos a los niños, hace que ellos aspiren algún día a ser escritores.

En tu libro La enorme nada (2015), nos presentas un cuento muy breve que, a través de un lenguaje profundo, bello y preciso, enseña algo muy importante. ¿Podrías hablarnos un poco de ello?

Este libro tiene una entrada para niños, pero también para adultos. Es como un abanico que quise abarcar, porque hablo de algo muy esencial que está contenido en la fuerza de la poesía y que toca las emociones, y en él trabajo con algo que descubrí a través de mis hijos: ese tiempo vacío que se requiere, que es tan importante, que no sabes qué hacer, y que hay que permitir que crezca y que exista en todos. Es algo que calma la ansiedad, no algo que te crea la ansiedad. A veces tenemos este hueco adentro de nosotros que es como una nada, que no sabes qué hacer, que te acompaña a todos lados, que a veces puede estar en el tapete, debajo



de la cama, en la cocina, en la calle. A veces está cuando todos hablan en la mesa y yo me siento super sola; en otras está en una cafetería cuando nadie me ve, pero siempre está. No es la soledad, no es un sentimiento de vacío. Yo lo nominé “la nada” porque creo que sin la nada no hacemos algo, y que para hacer algo hay que llenarlo de nada. Que esos momentos donde no hay nada son el punto más importante de la creación, donde tú vas a escribir tu ensayo, el punto donde vas a empezar tu lectura, donde vas a decidir a irte a caminar, o donde vas a empezar a jugar. Pero ese punto cero, ese inicio, lo tenemos todos. Y lo que yo quería era focalizar ese momento que se ve más claro en los niños. Y hay niños que te preguntan: “¿Y ahora qué hacemos?”, y entonces se encuentran con el punto cero en donde descubren una telaraña para ponerse a jugar, o hacer una casita para inventarse una familia secreta, o mirarse al espejo... Ese punto cero, ese punto de la nada, es la creación absoluta para mí.

Y ha sido muy interesante jugar con niños pequeños porque ellos saben dónde está la “enorme nada”; a veces está debajo de la silla y la hemos ido a perseguir con linternas, o trabajarlo con jóvenes, porque he ido a preparatorias y bachilleratos a hablar de la enorme nada, y son temas filosóficos. Tiene que ver el qué voy a hacer en la vida y hacia dónde me voy a dirigir

¿Cuál es tu manera de escribir y de explorar universos a través de las palabras?

Yo creo que mi mente es la de una poeta, entonces, todo lo que veo inmediatamente empiezo a investigar a qué huele, a qué sabe, de qué color es, cómo me siento. Es como si me fuera tierra adentro de las cosas. Entonces ya que tengo todo mi universo empiezo a contar la historia y puedo decir cómo están las nubes, el sol, cómo se escuchan mis pasos. Creo un universo que tiene que ver más con la poesía, pero jalándome desde la narrativa porque estoy consciente también de que estoy contando un cuento, porque tampoco puedo irme a la absoluta abstracción poética. Son recursos que usas como escritor, porque creo que en un escritor vive varias caras y varias facetas y que hay que jugar y decir “¿y ahora a qué voy a jugar? ¿quién voy a ser?”, “Hoy voy a ser María la seria, entonces tengo que hacer un ensayo importante”; pero hay veces que el juego está tan increíble que me meto absolutamente en Ombi², en la que escribe las cartas, y empiezo a contestarle las cartas a David, el niño que me está preguntando; entonces comienzo una

relación imaginaria con él y cada capítulo termina con algo que pudo haber sido: un pajarito que pasaba pero que se lleva las palabras, o la moto que hizo ruido y se llevó las últimas palabras... aquello que se va y que nunca se acaba de resolver.

¿Por qué es importante leerles a los niños y niñas y provocar en ellos el juego y la imaginación?

Hay que conectar con los intereses de los niños; por ejemplo, yo les hablé de la nada con un tono y de una manera que los interesé porque empezaron a buscar la enorme nada, la vieron como algo que hay que ir a buscar. Entonces, hay que estar dispuestos al juego. Esa palabra: juego. Para el escritor debe ser lo más importante, uno regresa a jugar. Y yo creo que el cuento es un disparador de ideas y de imágenes; tú puedes jugar a todo lo que se dice ahí, a lo que va pasando, o puedes leer debajo de una mesa y ya estás en una nave espacial. Pero atreverse a jugar, y darles el juego, es muy importante porque eso va a hacer que cuando ellos sean grandes sean menos agresivos, que tengan más habilidades de pensamiento, porque es más plástico el pensamiento cuando hay más juego, que se puedan ir a la investigación; porque no sabemos si van a ser científicos, si van a ser maestros, o lingüistas, o productores... pero entre más posibilidades demos en la infancia y entendamos que la infancia es el lugar más importante porque es donde inicia todo, en ese momento cuidaremos más a los niños.



RATONES VIEJOS

Ivonne Lara Navarro

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 4° semestre

La humedad se abrazaba a los muros carcomidos por el tiempo, por el espacio, por la distancia que deambulaba a solas de habitación en habitación, y se hacía inmensa, y a veces no cabía en esa pequeña casa, en esa choza urbana que carece de paja y maderos, que se formó como si el viento la hubiese erosionado de una roca enorme de adobe y ladrillos tardíos.

Tras la puerta de entrada, un pasillo se alargaba, impasible, sobre la luz tintineante que colgaba del portón oxidado que daba a un jardín, como intuición a un paraje ambiguo, confuso, bello; y su belleza residía en el misterio, como un texto inconcluso, como un secreto a medias que se escapa de la boca ajena.

Y en cada cuarto una luciérnaga se posaba inquieta sobre el pistilo de una vela, y un aroma boscoso se extendía con sus hojas secas y mojadas, con el cauce de un río violento convertido en olor.

Y cada silencio era un crisantemo bien habido en el jardín olvidado, y cada olvido era otra mancha oscura en las aristas de la casa, como rastro errante de tinta, y aquellas manchas cambiaban de cuando en cuando de sitio, revoloteaban y se adherían a las cortinas roídas y al polvo, o caían al suelo súbitamente, como papalote al que abandona el viento.

Aquellas manchas, que nada poseían, cargaban en sus espaldas mosaicos, fractales y manteles de diseños abstractos con todo el sentido cromático que puede contenerse entre el café y la obsidiana.

—Ratones viejos —dijo la abuela cuando vio que, con disimulo, se me arrastraba hacia ellos la retina. Me inquietaban.

Luego puso sobre la mesa algunas frases de tono profético, místico, frases que cosechó en tiempos pasados, cuando habitaba en el campo, cuando tomaba la tierra de los suelos con ambas manos y bebía cristales directo del río.

—Te dejarán ciega si se posan sobre tus ojos.

Y yo no creí que aquello trajera la ceguera, creí que sólo traería la oscuridad y que el peso de los años vividos por ellos caería sobre los párpados y los volvería viejos por dentro, tal como a ellos los volvió el tiempo, y la visión quedaría velada para siempre por la nostalgia.

—Traen con ellos la muerte.

Y de eso no tuve duda.

—Ratones viejos —dijo la abuela, y lo creí con la literalidad de su nombre, creí que eran roedores que envejecían y se retiraban al exilio del abandono y del olvido en lugares lejanos, antiguos, a ver crecer a solas unas alas sobre su espalda, tranquilamente posadas en las aristas de la casa como rastros errantes de tinta, esperando que ella, la muerte, selle sus labios con un último beso, por eso la traen consigo.





PIELamente

Omar Cancino Robles (Omar Afuera)

Lic. en Música UGTO, 5° semestre

¡¡Te piel!! Mi caricia desnuda, ternura,
te piel como eres: morena
¡... Te piel!, como eres morena
así de tanto,
así de mucho.

PIROCROMIO

16

#26 INFANCIA

Tú, mi cariçito
te quiero mucho. Mandé mi amor a Portugal y de regreso,
todavía no ha regresado
ni tampoco anda cansado.
Carita de mar en la noche, ¡Con frío...! Pero una fogata.
Mar vivo. Así deberían de llamarte si fueras un mar y no este cariñito.

Qué fueras
¡¡Qué fiera(s)!!
(Y, ¿quién fuera[s]?)
Ey,
¡Pero qué fuerza con la que me das un papel y sonrías!,
y luego te espumas de mar.
Pero, ¡qué plural andas!
ah, pero plural expresiva:
—Buenas tardes.
—Buenos días, todavía, te ves bienes y radiantes.

Te vveeeessss, vienes, ¿y te quedas?
Y radiantes; irradiaste dos que tres miradas y radianes y circunferencias.

Ayer fui a una circonférence y tres payasos explicaron la ternura haciendo versos con abrazos y metáforas redondas que después malabarearon hasta que se les cayeron de cansancio y se quedaron dormiditos, pequeñitos.

Pero no sé si yo estaba un poco tonto, porque estuve atento y no entendí de ti ni de radianes. Voy mañana a medio día, a ver si esta vez entiendo, si ahora sí le sigo el paso, redoblado. Que ya ves que siempre ando anotando cada flor y cada frase, me perdí cuando no supe describir en mi cuaderno lo que hacía el licenciado con las flores y el zapato... y las frases, y además que las cornetas con el toque de bandera no dejaban escuchar lo que contaba el niño calvo, aunque más bien pienso que buscaban la fusión de los dos timbres, la amalgama, dice algún maestro (de odontología [o de música]). Pero yo creo que lo que contaba eran canicas, o mentiras blancas como espuma, y como que yo no te he mirado cuando pasas frente a mí con especial ternura.

¡Ah! Pero creo que esta vez al fin ya lo he entendido:

No debía de entenderlo,

por lo menos no a través del pensamiento

ni el lenguaje,

quién dijera

(¡Ja!, dijera).

Si algo me ha dejado esta experiencia, es saber ya lo que quiero ser de niño, para cuando terminemos la universidad (de construirla), quiero hacer circonférences que no salgan derechitas y nadie jamás entienda, con radiantes y radianes, y estudiantes de la lengua que me digan que es rosita y que es el órgano más fuerte, que compliquen la ternura inteligible, que comprendan que la forma más precisa y más preciosa de entenderte es (que me gustas) divagando:

Divagando en escenarios y palabras y payasos y radianes y caricias y carencias de sentidos y latidos y sus respectivas carencias y ternuras y te piel y la ternura que me das cuando me hablas y preguntas: ¿cómo estás?

CUANDO TENÍA 5 AÑOS ME PERSIGUIÓ UN PATO, BÚRLENSE



PERO A ESA EDAD, UN PATO ES COMO UN VELOCIRAPTOR



PALAS O DE LA INFANCIA DE atenea

Ambrosía

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 7° semestre

Mi nombre tuvo que dejar de ser mi nombre
muy pronto
para convertirse en el tuyo.

Me despojé de mí misma,
porque después de ti ya no quise ser nadie.

Ahora que inevitablemente
te persigo hasta mis huesos
y no estás,
ahora que sé que estamos juntas
en todos los rincones de mi cuerpo
pero jamás podremos volver a tocarnos,
regreso a aquella caricia sangrienta
de mis uñas surcando mi piel,
navegando en mis profundidades
a ver si algún día te encuentro
o logro por fin alcanzar el borde de mi alma
para arrancármela.

Al matarte pude reconocerme al fin,
volver la mirada hacia mí misma,
y me tuve que abandonar.
Fui coronada con la violencia de la guerra,
pero después de Palas

—mi verdadero principio—,
la destrucción no cosquilleó más en mis entrañas;
quise soplar con fuego mis palabras
y traer calma a esta tierra maldita,
por si algún día decidías volver.

En la búsqueda de algún eco tuyo,
que solitario se hubiera quedado
vagando en el universo,
les comparto a los mortales mis secretos;
mas nunca he sido capaz
de no obsesionarme con cada uno de ellos,
y arrasar sus pequeñas vidas con mis dedos
cuando quieren usar las armas que les di
para olvidarme.

PIROCROMO

20

#26 INFANCIA

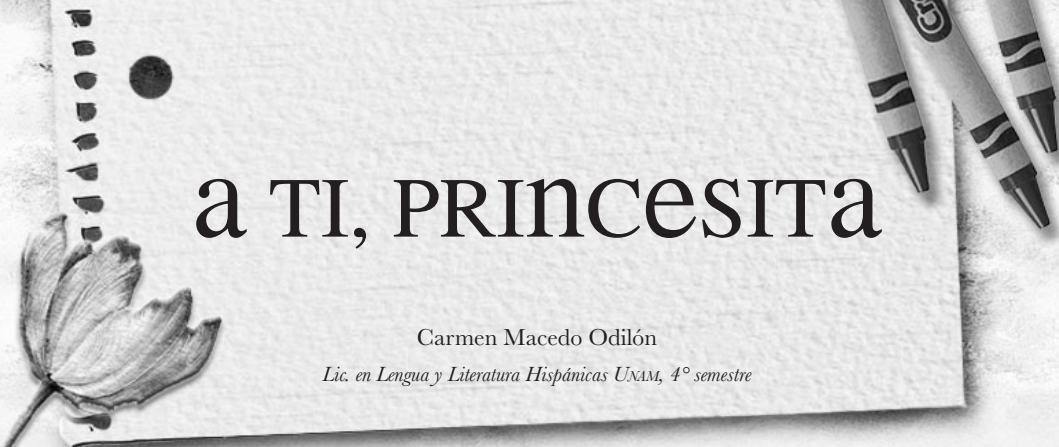
En mis ojos, si te atreves a mirar,
podrás ver la desnudez del otro
para atravesarlo.
De cadenas, tengo yo todas las llaves,
de voluntades, el quebrantamiento;
pero tener a Atenea susurrándote al oído
es condena eterna.

Ay, amada Palas, ¿será que tú también quisiste olvidarte de mí?

Aprendí a ser todas las cosas,
a esconderme en todas las figuras
como esencia guardiana,
imitándote a ti,
que encontraste la forma
de desvanecerte en mí
para acompañarme.

Por eso, cada que alguien me pronuncia,
ignoran que al nombrarme
te viven
y así puedo purgar
la culpa eterna
de haberte muerto sin querer
entre mis brazos,
cuando éramos niñas,
y nada más sabíamos
que de severas peleas con armadura
e inocentes besos en los labios.





a TI, PRINCESITA

Carmen Macedo Odilón

Lic. en Lengua y Literatura Hispánicas UNAM, 4° semestre

No tengas miedo, porque estoy contigo. Escóndete y yo te cuidaré haciendo guardia afuera de este tronco hueco que nos hace de refugio. Si necesitas calmar tus temblores, canta, eso me conforta, oír tu voz me da las más grandes fuerzas para protegerte. Tararea bajito, como si me susurraras al oído, al menos hasta que el ogro se vaya.

Ay, princesita, ya una vez el ogro destrozó mi espada. Seguro ni te acuerdas de ella, la de madera que hice con la pata de una silla: la tomó entre sus garras y de un golpe la partió a la mitad, no, mejor no trates de recordar. Arremetí a mordidas y patadas, y a ti no te pasó nada, princesa mía. Por ti daría mi vida las veces que fueran necesarias... En ausencia de la reina, a quien no te has cansado de esperar, eres lo que queda de mi razón de ser.

Siempre me pides que te lo cuente de nuevo, está bien. Tu madre, la reina, era la dama más amable de todo el pueblo y para mí, su hermosura, era todo lo que en ti podría ver. En casa nos sonreía y, con la melodiosa voz con la que te cantaba desde bebé, nos hacía compartir el pan cuando nos llamaba a la mesa y, aunque tú y yo nunca peleáramos, siempre me instó a cuidarte como si fueras parte de mí y también de ella. Yo veía su belleza en la mirada que nos dirigía y en el paso suave con el que te arrullaba, como una planta que cuida a su más joven hoja. Y a pesar de nuestras diferencias, nunca marcó una distancia entre tú, pequeña princesa, vivo retrato de su majestad, y yo simple sombra dedicada a adorarlas. Por quien me corté el cabello y, con mis ropas de niño, me prometí volverme su guardián. Ay, princesita, el único error que cometió la reina en su vida fue enamorarse, dejarse engañar siendo una inocente doncella, de un hombre que, en las noches de luna llena, se convertía en el más salvaje de los ogros.

Y de esa unión nacimos las dos, aunque no lo sepas, porque nunca me he atrevido a llamarte hermana y me conoces desde hace años como tu escudero. No te puedo revelar por qué ante ti elegí disfrazarme de muchacho y fingir la voz más ronca que puedo. No te puedo decir que nuestra madre se escapó de casa, llevándome en el vientre y con la marca de la deshonra tras su espalda. Tampoco te puedo contar que cada fin de mes, nuestro padre se iba de parranda con sus amigos y bebía hasta perder la conciencia. Entonces sus gritos se escuchaban como eco lejano en los alrededores, para luego ser relevados por el azote de su cinturón, empapándose de sangre y un llanto que no podíamos distinguir a quién de las dos pertenecía.

Tu madre guardaba muchos secretos, princesita. No quería compartírte con nadie y por ello desde pequeña te enseñó a jugar a las escondidillas. Canta y cierra los ojos, canta y piensa en el castillo que de grande te voy a construir, donde tendremos un pozo que será capaz de alejar a toda clase de monstruos. No te preocupes, el ogro no volverá hasta mañana; cuando te buscó, le dije que estabas tomando tus lecciones reales para convertírte en una dama. Lanzó un gruñido que sacudió mis recortados cabellos, dio un manotazo que tumbó la mesa y salió arrastrando los pies hacia la calle.

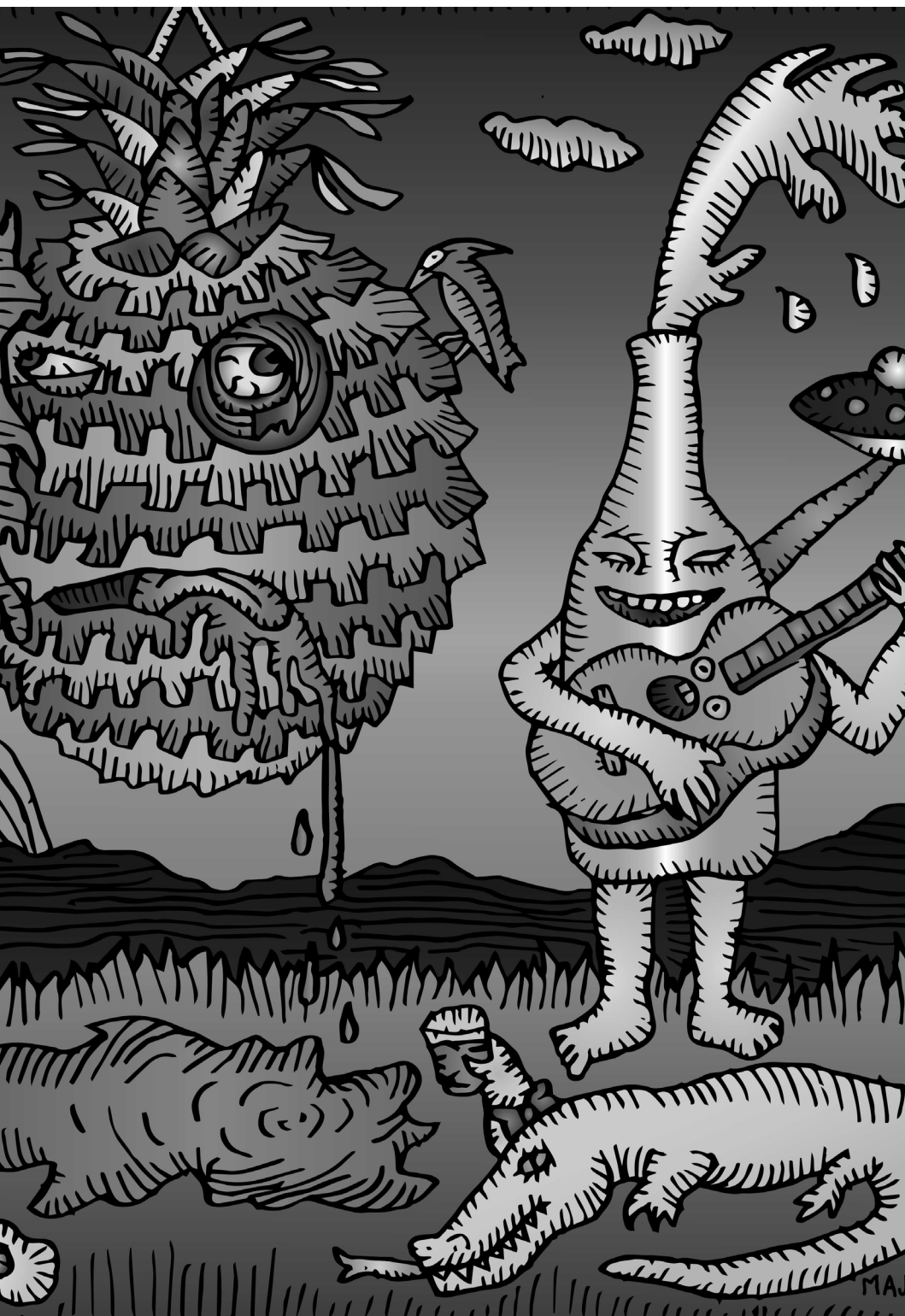
Y no te había querido contar mi secreto, altecita, pero como te has portado muy bien, lo haré. Cada vez que sale, trabajo en una nueva espada, pero ésta es de un metal a prueba de ogros y creo que hasta podría servir para matar dragones. Y así podré llevarla siempre, atada a mi cintura para cuando deba protegerte, y esta vez te prometo la victoria. ¿Qué? ¿Tienes sed? Déjame ir por tu vaso ceremonial. Espérame aquí y no te muevas.

Quisiera que llegue el momento de contártelo todo: que nuestra madre trabajaba menos por las heridas en su cuerpo, que le daba vergüenza haber caído con un hombre así y haber tenido a su hija, porque luego de ello, aquel dejó de encontrarla bella y, cual si fuera una desconocida, de esposa la redujo a cocinera y, a mí, su sirvienta.

En aquella época, tu madre planeaba una retirada, se adelantaría a su reino natal y buscaría el servicio de un cazador de bestias. Yo era muy débil para ser su caballero. El ogro quería comérsela. Abrázame si te da miedo. Él tenía ansias de devorarla y más de una vez vi sus labios salvajes sobre la piel de bronce de la reina. Ella se resistía, pero le faltaba la fuerza; yo agarré la escoba y la blandí para que la dejara. Tronó como quien rompe una rama seca, y luego de eso... ya no me acuerdo, princesita, pero esa hambre por la reina no se contuvo tan fácilmente.



La piñata, Carlos Luis Sánchez Becerra



No le bastaba con tenerla encerrada y ya no había bondad alguna en su alma como para dejarla escapar. Deseó torturarla hasta convertirla en sobrantes humanos, tal y como era él. Luego de eso, nuestra madre se embarazó de ti. Y yo era el chantaje del ogro: “Si te vas, lo harás sola”, le dijo. ¡Cuánto hubiera deseado que ella respondiera “sí”! Ella perdió su andar ligero y trabajaba menos por su condición. Él la golpeaba porque no había dinero en la casa, porque el alcohol lo enloquecía y porque su estado no le gustaba. Entonces a mí...

Cuando naciste tenías un guardaespaldas, mas los reclamamos no se detuvieron. Ella se dejaba hacer con tal de que no le pegara a su bebé, demasiado pequeña para entender, mientras que yo descubrí en el espejo mi nueva imagen, la maldición de la sangre: las facciones de nuestro padre, como un ogro en miniatura, heredero irremediable de la marca de la maldad.

Princesita, no quiero recordarte esta parte, pero es necesario protegerte de aquellos huecos de un pasado que desconoces. Verás, una de esas terribles noches, el ogro volvió al palacio luego de un ritual para incrementar sus poderes y empaparse de magia prohibida. Invocó a la oscuridad y puso su negra garra en la cabeza de su majestad. Ella me había pedido que ocultara a su damita en un lugar seguro, por eso te tomé de la mano y te llevé por primera vez a la que sería nuestra guarida secreta. Entonces te dije que por esa magia negra que el ogro usaba, había mandado a la reina a un lugar lejano, pero que, en cuanto pudiéramos revertir el hechizo, volvería a nosotros y por ello teníamos que resistir. Lloraste en mi pecho con tanto dolor, sí, así como ahora, que tus ojitos se hincharon y tu negro cabello se revolvió por los sollozos, pero tu sufrimiento no se acercó a la agonía que yo, súbdito tuyo, sentí por haberte fallado.

Mamá le pidió que nos dejara, dijo que él podría ser libre e irse de la casa, o que ella regresaría a su tierra natal con tal de no causarle más enojos y nos llevaría consigo sin pedir nada a cambio, pero él no quiso... Ay, hermanita, cuando seas más grande tendré que contarte cómo era todo, cuando crezcas y puedas recibir un poco de oscuridad en tu ingenuo corazón. Pero él no la dejó hablar. Dijo que sus hijas le pertenecían, aunque no las quisiera y, que por mucho que suplicara, no tendría forma de escapar con las dos.

Puso sus manos enormes en el cuello debilitado de mamá y lo apretó con fuerza. La tomó del cabello y la arrojó contra la pared. Usó sus piernas como murellas para atraparla, para apalearla mientras yo renuncié a defenderla. Te pedí que me cantarás con la voz más alta que podías, haciendo guardia para que nadie entrara en tu refugio, desde donde alcanzaba a vislumbrar a nuestro padre desquitar su coraje con lo

que le quedaba de esposa, en un hogar alejado de las demás casas, donde, aunque se escucharan sus gritos, nadie se atrevía a interceder. Entré al escondite y te abracé con todas mis fuerzas, tuve que cantar contigo, diciéndote que aquella melodía de tu infancia era el himno de tu reino mágico y que si lo entonábamos a todo pulmón estaríamos a salvo.

Ella perdía la lucha y lanzó un último lamento con nuestros nombres. Te cubrí las orejas y pensé que era una trampa para que saliéramos de nuestro escondite y el ogro siguiera con su sed de sangre. Quizá le robé la última oportunidad de despedirse antes de su muerte, pero yo no podía permitir que la vieras así.

Y no hice más porque no podía soltarte. Entonces el ogro salió de casa y nos gritó, pero te dije que era un plan suyo, porque quería comernos, ya que se había quedado con las ganas de devorar a la reina. Nos quedamos abrazados hasta que anocheció y esa bestia se cansó de llamarnos, lo que funcionó. Salió de cacería con los otros ogros y, mientras yo entré a buscar a la reina, supe que su cuerpo sagrado había desaparecido; las hadas se lo habían llevado al mundo del descanso para que recobrara fuerzas. Cuando volviste a la casa, todo estaba en su lugar.

Desde ese entonces, me proclamé tu guerrero y sirviente, tu héroe y cocinero, dueña mía. Y aunque muchas veces tuve que enfrentarme al ogro, en ocasiones perdiendo y otras tantas ganando, he conseguido que no te vea mucho. Afortunadamente, poco a poco va olvidándote, no sé si le dio por comer hongos alucinógenos y éstos le dejaron nubarrones en la memoria, o tal vez sea porque algún brebaje de los que le gustaban borró de su mente que tenía una hija.

O dos.

Cuando nuestro padre me ve desea matarme, querida hermana, pero es en ese instante cuando te llevo de la mano al monte y te pido que me hagas una corona de flores como premio por cumplir con mi deber. Vuelvo a casa sola y recibo gritos y alguna bofetada... Mi ropa holgada te impide ver mis brazos y piernas, porque en algunos lugares ahora tiene mi piel un tono morado, pero tampoco te he contado que en más de una ocasión también lo he llegado a golpear con la espada de madera y con mis manos. He visto la sangre negra que chorrea de sus labios como una serpiente que escapa de su propio veneno y lo peor es que me ha gustado mucho esa visión.

Llevo días planeando nuestro escape y confío en tener mejor suerte que mamá para lograrlo. Te guiaré a su tierra natal y te diré cómo tendrás que presentarte para que todos sepan que eres hija de Magdalena Santos... Te dejaré ahí y yo volveré a contener a esa bestia, porque no podría soportar que te buscara para vengar que una vez su mujer se salió con la suya.

Ya terminé mi espada antiogros y dragones, princesa, incluso cubrí la empuñadura con alambre y sé usarla muy bien, pero baja la voz, porque el ogro está sospechando de nuestro refugio. Tiene hambre de nuevo y hace poco lo escuché rugir tu nombre en la oscuridad, sin saber a dónde te fuiste. ¿Que si me da miedo? No. *Por supuesto que sí.*

Alteza, escúchame muy bien... Esto es muy serio. Si no llego a volver de esta pelea, sigue mis instrucciones y nunca mires atrás: camina hasta la estación de carruajes, tómate el tiempo necesario porque el viaje es largo y, cuando llegues allá, busca un cochero. Extiende este boleto mágico que voy a guardar en tu vestido junto con mis indicaciones y di que vas a la tierra de la caña de azúcar. El lugar se llama Omealca, pide bajar sólo en ese punto y cuando veas a un plebeyo como yo, dile que necesitas ver a la familia de la reina que partió a Cardún hace catorce años. Pide, querida emperatriz de mi corazón, que te lleven con... ¿Escuchas? Ahí viene el ogro. Princesita, ésta es la parte más importante, no lo olvides por favor: te diré el apellido de tu ilustre familia, recuérdalo y suplica que te lleven con ellos. Da el nombre de tu madre y diles que eres su única hija...

Porque primero nos matamos, antes de que se meta también a tu cama.



TRES HERMANOS DE UN MISMO RÍO.

ENTREVISTA CON
ADOLFO CÓRDOVA¹

Consejo editorial



Foto por: Mariela Sancari

¿Qué es la literatura infantil, desde cuándo existe y hacia dónde va este género literario?

De entrada, podríamos decir que la literatura infantil es una paradoja, porque actualmente la asociamos a aquella que las niñas y niños leen, pero está escrita por adultos. A eso me refiero con paradójico. Podríamos pensar que la literatura infantil

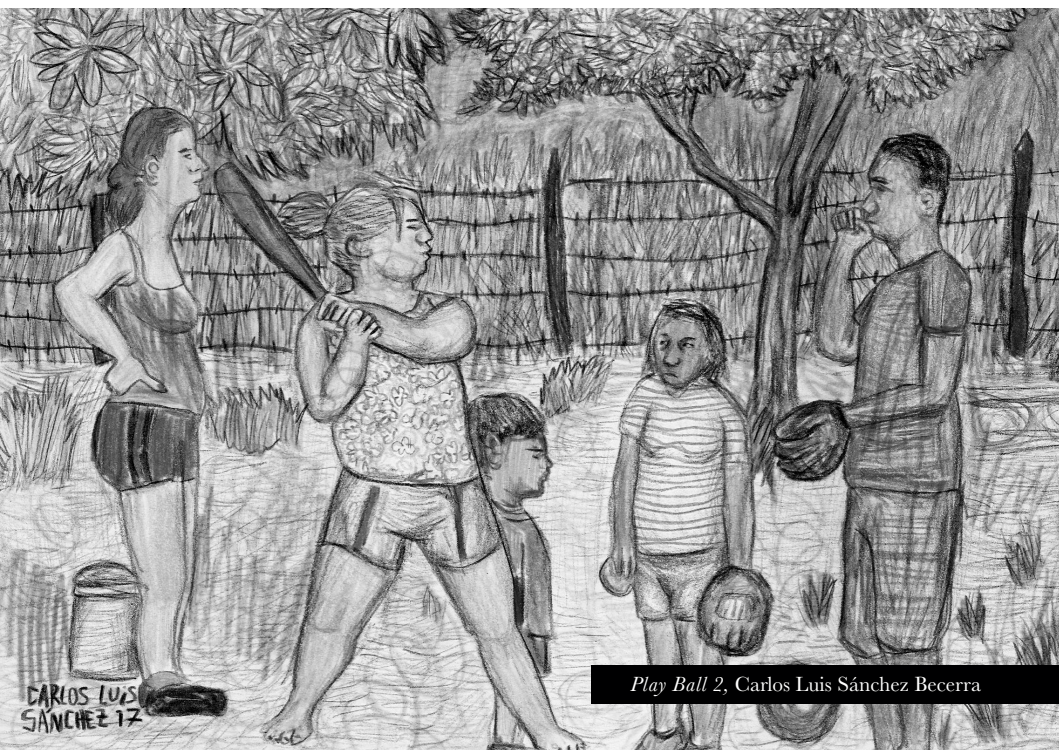
es también la que hacen las niñas y niños, pero realmente es la que hacen los adultos con algunas ideas de cómo es serlo. Históricamente, hay muchas maneras de problematizar el concepto de este género literario y que pueden ayudarnos también a pensar en la propia relación entre adultos, niñas y niños. A finales del siglo XVII con Charles Perrault y sus cuentos de hadas, se considera que empieza a haber una literatura publicada de interés para niñas y niños, pero no era

¹ Adolfo Córdova (Veracruz, Ver., 1983). Es periodista y escritor. Máster en Libros y Literatura Infantil y Juvenil por la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha sido becario de la ONU, el FONCA, la Jugenbibliothek en Múnich, el CEPLI en Cuenca, el Centro de las Artes de San Agustín en Oaxaca y la Fundación de Cornelia Funke en California. Por sus libros ha recibido reconocimientos como el Premio Nacional Bellas Artes de Cuento Infantil Juan de la Cabada, Los Mejores del Banco del Libro, The White Ravens y el Premio Bologna Ragazzi. Tiene un blog de periodismo especializado en literatura infantil y juvenil: linternasybosques.com

el interés de Charles Perrault escribir para ellas y ellos. Entonces, podríamos recorrer un poco más el nacimiento de la literatura infantil al siglo XVIII con Jeanne-Marie Leprince de Beaumont, una autora que trascendió por su versión de La Bella y la Bestia y que sí estaba pensando en un lector infantil y juvenil. Ella sí quería escribir cuentos que les hablaran particularmente a niñas y niños y no por desplazamiento que, de manera general, es como la literatura antes de Jeanne-Marie lo hacía. Es decir, que no era específicamente para ellas y ellos, pero sí de su interés.

Entonces, la literatura infantil nace sin estar pensada para niñas y niños, pero sí siendo de su interés: los cuentos de hadas y algunos otros textos que se volvieron ya canónicos infantiles como *Robinson Crusoe* y *Los viajes de Gulliver*, no fueron publicados ni escritos para hablarle a un público particularmente infantil, pero las lectoras y los lectores infantiles se apropiaron de estas historias porque algo encontraban ahí que les llamaba la atención. Así la niñez fue empujando una historia de literatura casi exigida en primera persona.

Sí trazamos tres líneas en la historia de la literatura infantil y juvenil, o bien, tres cauces o corrientes dentro del río de esta literatura,



la primera sería aquella que no fue escrita para niñas y niños y que les interesó y, como decía, ahí estaba Charles Perrault. Luego vendría otra corriente, que sí es literatura escrita para niñas y niños, pero que no necesariamente les interesaba: toda esa literatura formativa, muy adoctrinadora, que más que ofrecer una experiencia estética y literaria, quería ofrecer una lección y formarles como adultos o ver a las niñas y niños como pequeños adultos en formación. Jeanne-Marie Leprince de Beaumont y sus cuentos, aunque fueron importantes y abrieron camino, hoy entrarían un poco más en esta categoría o, en todo caso, serían un ejemplo de transición y nacimiento de la tercera corriente que podemos identificar, y que es la afortunada, de literatura pensada para niñas y niños que sí les interesa; pero en el caso de Jeanne-Marie Leprince de Beaumont, sus publicaciones mezclaban cuentos de hadas con lecciones y por eso decía yo que está un poco en esa corriente de la literatura que quiere formar.

En la literatura infantil moderna se encuentran estas tres posibilidades que explico y los ejemplos ya son mucho más abundantes en la tercera corriente. Andersen es uno de los clásicos del romanticismo danés que podemos colocar como un autor más moderno y que pensaba en un lector particular; la niñez, sin tener el interés de enseñarle nada en sus cuentos. Después tenemos el Siglo de Oro de la Literatura Infantil, que es de la segunda mitad del siglo Xx y la primera mitad del siglo Xxi, con un montón de clásicos circulando en el canon occidental como Mark Twain, Louisa May Alcott, Beatrix Potter y, por supuesto, L. Frank Baum, autor de *El mago de Oz*. Y bueno, en nuestra geografía más cercana tenemos también a José Martí, Gabriela Mistral, Rafael Pombo, Juana De Ibarbourou y Amado Nervo.

Ahora ¿por qué existe y hacia dónde va este género? Lo anterior está relacionado porque parece importante ir hacia atrás para notar que hasta el día de hoy hay continuidad en las tres corrientes. Las niñas y niños siguen leyendo una literatura que no necesariamente fue escrita para ellas y ellos, o es lo que yo quiero pensar. Desearía que tuviéramos claro que las niñas y niños siguen eligiendo libros que no necesariamente fueron escritos con toda esta especificidad y que a veces puede ser también riesgosa por todos los prejuicios que hay alrededor de “qué es ser niña, qué es ser niño”. También sigue habiendo continuidad con los textos disfrazados de literatura y que realmente lo que quieren es dar lecciones o mucha literatura con un corte

muy pedagógico y, por suerte, también hay literatura que conecta con la subjetividad infantil más particular y que considera a las niñas y niños lectores capaces de entender las complejidades de la mente humana, las complejidades del mundo y los contextos adversos que vivimos. Mucha de la literatura infantil hoy está en ese sitio que se preocupa por reflejar el mundo que las niñas y niños viven: puede ser desde un género fantástico o, cada vez de manera más presente, desde un tono realista. Y en ese sentido asistimos a una efervescencia de libros informativos para niños que mezcla recursos literarios, ensayísticos, periodísticos...

El álbum ilustrado es una de las aportaciones que le ha dado el género infantil a la literatura y a la edición en general, cada vez hay más hibridación genérica en él, en donde uno puede leer prosas poéticas o poemas en prosas que en realidad hablan de especies endémicas de un país, o de pronto encontrar un álbum lírico, es decir, un poema desdoblado en diferentes páginas, ilustrado y políticamente comprometido, que les hable a las niñas y los niños del Estado de la migración o de las dictaduras, por ejemplo. Es un momento emocionante que ya viene cocinándose desde hace bastantes años, de mucha creación en México y en Latinoamérica. Y sólo para cerrar esta pregunta, quisiera decir que la definición con la que yo me sentiría más cómodo hoy al hablar de literatura infantil sería pensándolo así: la literatura infantil es para mí aquella que interesa a las niñas y niños.

Adolfo, sabemos que te interesa el cuidado del medio ambiente y que has desarrollado diversas conferencias y talleres en pro de la naturaleza. En este sentido, nos gustaría que nos contaras un pequeño relato: la historia del hombre y la naturaleza, y por supuesto, su importancia en la literatura infantil.

Precisamente, una de las cosas que me llama la atención en la literatura infantil actual es el regreso a la naturaleza. Hay mucha literatura infantil que propone un regreso a la naturaleza e incluso una reconciliación con lo salvaje, con ese estado más “asilvestrado” de nuestra especie, también es una buena metáfora sobre lo que, considerado por muchos, le pasa a la niña o al niño al crecer: va perdiendo algo de ese espíritu indomable que tenemos todos cuando nacemos y empezamos a entender los códigos de este mundo, y basta ver a una niña o a un niño pequeño para ser testigo de este estado más rebelde, ellos se resisten

a hacer cosas que no quieren hacer como, poniendo un ejemplo muy burdo, saludar a alguien: “saluda a tu tía”, “dale un beso a tu abuelita, abuelito” o “ven, vamos para allá”; si un niño pequeño, de estos que ya empiezan a caminar, no quiere, no lo va hacer. Ese espíritu se va poco a poco, conforme van creciendo, doblegándose. A veces pienso que crecer es un proceso en el que las niñas y niños aprenden a someterse a un montón de reglas, roles, prejuicios y leyes inventadas por adultos. Mucha literatura infantil es consciente de este tránsito o renuncia y celebra el lado salvaje y libre de las niñas y de los niños sin que lo idealicemos, ni tampoco desde una mirada russeaniana del buen salvaje, que es también complejo.

Ahora bien, retomando la historia del hombre y la naturaleza, creo que podría resumirse en: una mujer y un hombre que se levantan, observan una flor, una hoja, un brote, algo que retoña, algo que nace, algo que florece, y luego van y lo escriben. Mucho de lo que sucedió en la historia del arte y la literatura, tenía que ver con el asombro que nos causaba y que nos sigue causado el mundo en el que estamos, la naturaleza a nuestro alrededor. Desde el principio de los tiempos, muchas de las preguntas que tenían que ver con el sentido de nuestra vida, estaban vinculadas al lugar del hombre y de la mujer en el mundo, en relación con la naturaleza. Entonces la literatura fue uno de los vehículos para traducir esa experiencia de asombro, consternación, miedo o preocupación con respecto al mundo, muchas veces amenazante, en el que vivíamos y vivimos. Claro que la naturaleza hoy se ha vuelto una mezcla de naturalezas también y la literatura sigue cumpliendo esa función primigenia de dar un poco de orden al caos, de calma o sosiego, a la ansiedad que puede producir lo desconocido, lo inexplicable, lo terrible. Y todo esto aplica para la literatura que nos convoca aquí, ¿no?

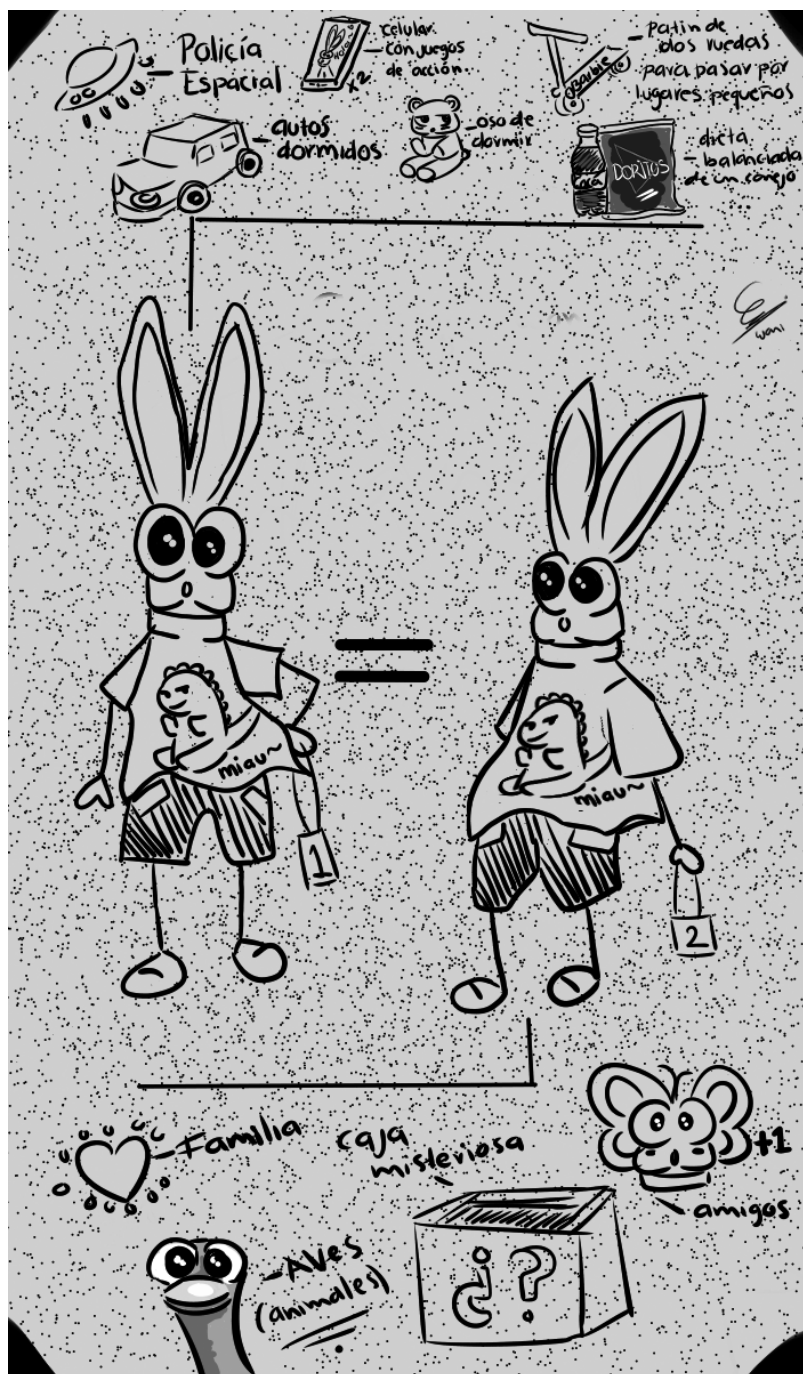
La literatura infantil cumple también esa misma función: el lugar de la naturaleza en la literatura que leen las niñas y niños. Por un lado, alimentar y nutrir ese asombro pero también dar un poco de orden. Hay un poema de Ricardo Yáñez, un verso que me gusta mucho, que dice: “hay flores que ordenan el universo” y, aunque nos guste también el desorden, creo que la intención del verso es celebrar a la belleza de la naturaleza y cómo el arte, de una manera clásica, ha intentado reproducir esa belleza. Por último, más recientemente, también reconocer el horror y transformarlo en algo que pueda experimentarse, vivirse, habitarse, sin que se nos vaya la vida en ello.

Además de escritor, eres un investigador y lector comprometido, y eso se ve reflejado en tu blog “Linternas y bosques”. Visitando este sitio, nos interesamos especialmente por dos artículos, el primero es de tu autoría y se titula “Los días felices. Diversidad sexual y libros para niñas, niños, niñas y jóvenes”; el segundo fue escrito por Graciela Bialek y se llama “La letra invisible de un crimen: abuso sexual y literatura infanto-juvenil”. Atendiendo a dichos encabezados ¿por qué es importante comenzar a hablar de estos temas con las niñas y niños?

Me interesaba publicar estos dos textos en mi blog porque creo que reflejan una realidad que las niñas y niños viven y que no necesariamente reproduce o se preocupa por recrear la literatura infantil, por lo menos no la que se discute más o la que circula o se edita más.

Por un lado, en “Los días felices. Diversidad sexual y libros para niñas, niños, niñas y jóvenes” se tratan los temas de la diversidad sexual, las diferentes formas de habitar el cuerpo, las diferentes formas que toma el deseo, las preferencias u orientaciones sexuales y la identidad de género, que son muchos temas distintos y no quiero que suene a que los meto en el mismo saco. Al final del artículo hago algunas diferenciaciones entre el eje del artículo, la diversidad sexual, y otro tema que es la identidad de género. Quise escribir este artículo porque tengo un sobrino, que ahorita tiene diecinueve años, con el que he crecido yo también, he convivido mucho con él, he aprendido un montón sobre las infancias y juventudes de hoy, y una de las cosas que notaba es que el tema de la diversidad sexual estaba presente de una manera mucho más cotidiana que cuando yo fui niño, es decir, se habla mucho más de eso. Afortunadamente se ha normalizado la diversidad sexual y no se ha enrarecido más, como lamentablemente nos tocó vivir a muchos cuando todavía no era algo de lo que pudieran hablar niñas y niños de cuarto, quinto o sexto de primaria; no había posibilidad de tener algún amigo, amigue, amiga bisexual o queer.

De pronto me di cuenta de que mucha de la literatura infantil o juvenil que yo estudiaba y leía no reflejaba esas conversaciones y esa realidad. Me pareció curioso, así que comencé a preguntarles a muchas editoras y realmente descubrí que había un vacío. Quise escribir un artículo donde recupero diferentes formas de abordar la diversidad sexual desde una aproximación más sugerida y sutil, así como de otras configuraciones para entender la sexualidad y otros títulos que explícitamente hablan de primeras veces: primeros besos



Esquema de un pequeño conejo, Woni

o expresiones de deseo de niñas, niños o adolescentes, encuentros sexuales cuando ya se trata de literatura juvenil y que salen de la norma heteropatriarcal. Entonces no hay tanto como en las conversaciones, pero sí hay literatura que reconoce esa diversidad. En Estados Unidos encontré muchos más estudios y listas, incluso como una especie de *boom* con mucha de la literatura infantil y juvenil publicada en este país que ya puede caer en lo que realmente pasa y suena a que hay que cubrir también cuotas y entrar en agendas políticas, y no necesariamente hay buena literatura. Me interesaba encontrar ejemplos en donde no esté comprometida una cosa por otra, es decir, que no sean libros que cumplen cuotas, sino libros que realmente están escritos desde un lugar de necesidad intelectual artística, de una autora o autor que tiene algo que decir al respecto y que respeta a la diversidad sexual de las niñas, niños, niñas, y jóvenes, porque quiere hablarles con ese reconocimiento y desde esa sensibilidad.

Por otro lado, el tema de “Las letras invisibles de un crimen, abuso sexual en la literatura infanto-juvenil” es completamente distinto. Y aquí es un texto invitado, efectivamente, de Graciela Bialet, que me gusta retomarlo porque, de hecho, es una de las entradas más vistas en los ocho años que lleva el blog, seguramente está dentro de las tres más visitadas y leídas. Creo que esto es porque efectivamente es un tema que pasa mucho más de lo que nos atrevemos a admitir como sociedad y tampoco está tan presente en la literatura infantil, entonces me gustó el recorrido que proponía Graciela Bialet porque permitía que se enunciara y denunciara, desde diferentes lugares, esta terrible situación que viven muchas niñas, niños y adolescentes.

Yo traté de informarme con algunas asociaciones que defienden los derechos de la infancia y confirmar lo que ya sabía por algunos amigos activistas: en un aula de clases en una escuela primaria de treinta y seis estudiantes, diez sufren abuso, siete son niñas y tres varones según las cifras de la UNICEF. Son cifras tan escalofrantes y altas que no puede uno obviar y yo creo que compilar o reunir libros para mostrar esta realidad es reconocer que las niñas y niños las atraviesan, aunque suene muy obvio, pues una de las cuentas pendientes que tenemos ahí es la de hablar de estos temas, justamente, para tratar de prevenirlos.

Por eso creo que tanto en su versión perversa, no deseable, como en la expresión sana de una sexualidad diversa, estas dos entradas re-

flejan ese interés por reconocer a las niñas y niños como interlocutores que quieren hablar de estos temas.

Escribir para niños implica acercarse a escuchar a los niños, en este diálogo ¿cuál ha sido la enseñanza más significativa que has adquirido de ellos?

Sí, es de mi máximo interés el universo de las niñas, de los niños, y en mi trabajo como escritor, mediador de lectura e investigador, intento estar en conversación continua con ellas y ellos. No podría pensar en nada de lo que hago si no tuviera ese contacto, no podría escribir, ni hacer mediación, ni escribir libros pensando en niñas y niños hipotéticas o hipotéticos. Necesito de la experiencia real de hablar con ellos, de escucharles, de leerles. Una de las cosas más significativas es que he aprendido y reaprendido a observar, a escuchar y a jugar. No deja de sorprenderme la forma en la que observan el mundo, cómo están todo el tiempo explorando, no sólo con sus cuerpos sino también con el lenguaje, y trato de mantener muy viva esa intención y ese deseo de exploración continua, tanto en lo que escribo y cómo lo escribo, como en mi vida y en mis aproximaciones a las cosas que me interesan, a los temas que me interesa estudiar. Esa voluntad de exploración sensible que muchas veces pasa por el juego y que no está sólo limitada por el deseo de jugar, ¿no? Que a los niños sólo les interesa jugar podría ser uno de los prejuicios que hay, obviamente sí es una de las cosas que más les interesa hacer, pero sus experiencias también pasan por la contemplación atenta, la reflexión, la escucha, la expresión de preocupaciones y la conversación. Y creo que cuando uno escribe y lee, sobre todo cuando se trata de leer críticamente al mundo, es necesario permanecer muy atento y no dar por sentado ni normalizar nada de lo que nos ocurre.



aULLIDO¹

Adolfo Córdova

Este es el país de los aullidos.

“Ayotzinapa”, DAVID HUERTA

Yo soy el lobo. Humano lobo. Abuelo lobo. Lobo pájaro, tlacuache, lobo lumbre, árbol lobo: hundo mis raíces, garras, hasta el principio y sujeto el corazón caliente de la tierra.

Madre. Yo soy la loba madre. Loba Abuela. Hermana loba, pantera. Loba iguana, loba emplumada, luna loba. Ilumino el cielo nocturno, llamo a mis hijos lobos, lobas que aúllan bajo la tierra, vuelvan, vuelvan en un soplo.

Yo soy el último lobo. Fui después por sus vacas y sus borregos y sus gallinas y sus cerdos. Regresé de noche, entré a sus potreros y a sus corrales, en silencio, y conjuré a los perros para que me miraran con el hocico apuntando al suelo. No hacía falta correr, también las vacas y sus becerros, y las gallinas y los cerdos me vieron avanzar, acercarme, en silencio. Y enterré mis dientes, grandes, cortantes, en sus carnes suaves.

Yo soy el lobo, les dije susurrante, pero me escuchó el hombre. Un estallido, un desgarramiento, una caída, y tuve que esconderme montaña arriba, bosque adentro, hasta el fondo de mi cueva.

1 Poema en prosa extraído de *Aullido*, de Adolfo Córdova, Alboroto Ediciones, 2019. Postulado a Los Mejores Libros para Niños y Jóvenes 2020 del Banco del Libro. Recomendado Premio Fundación Cuatrogatos 2021. Favorito del Comité Lector de IBBY México en su Guía de Libros Infantiles y Juveniles 2021.

Volví después, con más hambre, porque los hombres cazaron hasta el último venado. Volví por sus vacas y por las crías de sus ovejas, multiplicado por diez y veinte y cien fauces se abrieron. Fuimos un solo lobo gigantesco.

Pero el grito encendido de los hombres nos quemó las colas. Y corrimos enfilados por el monte, al final del crepúsculo, buscando una hendidura, otra vez, hasta lo más húmedo de la madriguera.

Éramos lobos, susurré. Nadie oyó.

Rascamos, más, más, hoyos, zanjas, pozos, grietas.
Inviernos grisáceos, ocultos. Veranos rojizos, densos.

Plegamos las orejas, bajamos los párpados, nos enterramos.
Para siempre.

¿Escuchan los aullidos de los lobos bajo la tierra?
Son el eco largo de los que se fueron.

Yo soy la abuela loba y los invoco.
Desentierren los dientes. Pecheras, morros, cáscaras, huesos. Abran sus ojos brillantes. Patas largas, cuatro dedos, lomos, labios, plumas, noches, cuellos rectos.

Yo soy la madre loba y los invoco.
Lenguas afuera. Dalias, argollas, cinturón de caracoles, serpientes de copal, espíritus de jade. Hilan sus costillas, salten los ríos, levanten las sombras.

Yo soy la loba hija y los invoco.
Sacúdanse el polvo. Sierras nevadas, pelajes blancos, maíz colorado, vientres marrones. Loba lluvia, lobo sol, calabaza, frijol, conejo, resina, cabeza ancha, olor a tortilla. Los tensores se ajustan, las varas se conectan, las piezas se acomodan.

Loba late, di tu nombre, lobo.

Aquí estoy. Yo soy el lobo originario. Musaraña oscura, tejón, gato montés, teporingo, mírame. Estoy aquí. Cien veces más que el hombre y la mujer pero con el mismo temor al fuego y al eclipse, la misma pisada sigilosa, salvaje, la misma sed de manantiales, arenas, granizadas, desiertos. Escucha cómo aúllo otra vez y reúno a mi manada.

Yo estuve aquí cuando los cazadores nómadas comían carne de mamut. Oí caer los altares de piedra, vi temblar los volcanes. Y he vuelto para dejar mis huellas sobre el lodo. Mariposa, alacrán, salamandra. Niño lobo, loba viva, padre lobo.

No volveremos a sumergirnos, salimos de lo profundo, soltamos el corazón de la tierra. Jauría flotante, ojos que miran fuera de la cueva. Que empiece el baile, la procesión, la cacería. Relámpagos, truenos, aguaceiros, jaguares, chacales, coyotes, lobos danzantes, trotamos en el aire.

Ya estamos aquí. Prendemos la oscuridad. Hemos vuelto.

Aullamos en círculo desde una hoguera.

El humo se eleva como un aullido hasta las nubes.

Que sea aullido el humo que conecte el suelo con los astros.

Que en una chispa roja aullemos hasta el cielo.

Lobos. Somos. Todos.



PARTO HUASTECO 82

Alberto I. Gutiérrez

Mtro. en Antropología Social COLSAN

El nacimiento sucede cuando tiene que llegar, porque los mexicanos no sabemos de tiempos, ni de horarios, ni de escalas. El arribo es a fuerza de capricho. Para nuestras madres todo ocurre a pulso de voluntad ajena. Esto precisamente fue lo que pasó una noche oscura de diciembre de 1982, en una casa de madera y techo de palma, ubicada en algún lugar recóndito de la Huasteca Potosina. A una criatura le dio por nacer antes de su hora, pero las condiciones del alumbramiento no eran ni de cerca las mejores, pues nada se hallaba listo para tal acontecimiento. La semilla simplemente había decidido germinar dos meses antes de la primera lluvia, sin importarle la regla de los nueve, ni que estuvieran ausentes las manos de la partera. Para mayor sobresalto, en esa morada no había esposo, ni padres, ni hermanos, ni siquiera vecinos envidiosos que pudieran socorrer a la joven madre de nombre Fortunata, sólo su hija Epigmenia, de unos siete años, y una soledad campesina gigantesca de sabor amargo como el cempoal o las hojas de la siempre verde limonaria.

El primer indicio de dar a luz comenzó al caer la tarde, principiando con un retortijón fortísimo, una contracción firme e intensa que Fortunata no pudo ignorar, seguida por un chubasco cavernario que terminó por empapar las cobijas que yacían sobre el petate de palma. Después de este augurio, el dolor simplemente no paró y sólo fue en aumento con el paso de las horas. Podía verse a la distancia a la hija de Nata entrar y salir del cuarto principal, llevándole cada tanto a su madre brebajes herbales para aminorar su dolor; intentos para “enrapidecer” el nacimiento. La verdad es que la calma y la templanza no pasaron por aquellos parajes, pues la criatura no ofreció tregua alguna: insistiendo, apretando las carnes de su progenitora, ansiando luz. Se

podía ver claramente el ascenso y el descenso del vientre materno, tal y como hace la tuza en la tierra cuando le regala una puerta a su madriguera, que en realidad se trata de un laberinto.

De pronto, Fortunata sintió que había llegado la hora de dejar salir aquello. Entonces, movida por una fuerza desconocida, se puso en pie, para luego colocarse en cuclillas. Después la joven dio instrucciones rápidas a Epigmenia, quien se colocó frente a ella con unos paños suaves y hojas de papatla para recibir al fruto de sus entrañas. Los brazos de la madre se aferraron a una cuerda que colgaba de una de las vigas del techo, como si su vida dependiera de ello, haciendo que la carne de ambas extremidades, antes morenas, se fueran tornando rosáceas con el pasar de los minutos. Tras sujetarse con firmeza a esa soga que no sería ocupada para suicidio sino para la noble faena de traer vida, hizo un primer esfuerzo que fue secundado por un lamento que interrumpió por unos breves instantes la quietud de la noche.

Respiró hondo, se armó de valor y nuevamente pujó, pero ahora con un ruido discreto, gracias a un trapo que colocó su hija entre sus dientes. La carne del vientre fue cediendo de a poco, al congraciarse ambas voluntades y, finalmente, un bebé amoratado brotó de las profundidades uterales. Un chispazo, un halo de júbilo se asomó en el rostro de ambas mujeres, el cual duraría sólo unos pocos minutos, desvaneciéndose al no ver respuesta alguna por parte de la criatura, la cual permanecía inmóvil en los brazos de su madre. El nerviosismo y el pánico se fueron apoderando de la cabeza de Fortunata, quien angustiada empezó a mecerle frenéticamente, a invocarle con palabras dulces como la caña, acercando sus pechos para ver si el olor a leche le hacía volver. Faltaban veinte años para que llegara la idea de amor maternal en aquel sitio desolado, pero lo que sucedió bajo ese techo era semejante a lo exhibido por el espíritu contemporáneo.

La pequeña Epigmenia no fue inmune a lo que estaba pasando, pues al ver la desesperación materna se olvidó de los pasos siguientes, quedándose atónita ante el fracaso. Tras unos minutos recordó que debía ir en busca de un carrizo con el que cortaría de una vez por todas el cordón que les ataba, esto último rompería el nexo cárnico que existía entre su madre y el ahora cadáver. La hija salió rumbo al arroyo que pasaba por detrás de la casa y, Fortunata, semidesnuda, con los pechos al aire, se quedó sola por unos instantes esperando el despertar del niño, su tan ansiado anhelo. Ante la falta de respuesta, Nata no





dudó en empezar a recitar oraciones, así como sondear las incontables letanías del santo rosario, sin importarle el miedo a la improvisación o al equívoco, agotando en el acto todos y cada uno de los ardidés propiciatorios aprendidos durante la infancia. Lo anterior, a pesar de que su cuerpo le daba indicios de que le era imposible seguir, le hizo ver su necesidad de recargar fuerzas y que le faltaba caldo de pollo en la sangre de, por lo menos, unas diez aves.

En esos momentos, Fortunata no fue capaz de ocultar su decepción hacia Dios, Jesús, la Virgen, los ángeles y los santos, que siempre suelen ser ingratos con los más pobres. Sin embargo, siguió perseverando en su sacra labor, pero esta vez rezando en tono amable, pensando que las repeticiones melosas podrían hacerle un espacio en el corazón de los seres celestiales, pues a los poderosos se les puede conquistar a través de lo dulce, a través del placer. En eso, ocurrió un incidente, un fallo súbito en la enunciación de una de las letanías, producto de la prisa –que por donde se vea siempre mal aconseja–, lo cual hizo que una pesadilla antigua abriera los ojos. Fue entonces que la noche le oyó a lo lejos y a la joven madre le sonrió. Un viento lóbrego, de más allá de los cerros, atravesó el manchón de árboles que se encontraba frente a la propiedad para luego entrar al recinto, cuyo tránsito hizo tintinear la flama de las ceras, casi barriéndolas como a las luciérnagas en pleno vendaval nocturno.

El vagido tan esperado, el grito de arriba, emergió purulento de la garganta del crío y fue invadiendo de a poco los rincones de la casa, al punto de que se mostró capaz de sacar a su hermana del trance, al haberse extraviado en su cabeza mientras sostenía un trozo de carrizo. El bebé volvió en sí, ahora podía decirse de él que no se trataba de muerte sino de vida. Sin tiempo que perder, su madre decidió arrojárselo para después colocarlo suavemente sobre el petate de palma, evitando a toda costa tocarlo, esto para no mancillar o teñir de hollín lo immaculado. En eso un frío siniestro se fue adueñando del cuerpo de Fortunata, de todos y cada uno de los pliegues de su carne, mientras una figura espectral altísima se asomaba entre los rollos de palma del techo. Ella creyó que se trataba de un ángel que tal vez había ido a concertar el milagro. Su hija al ingresar al recinto con carrizo en mano no pudo evitar sorprenderse al ver a su hermano despierto patear inquieto entre retazos de tela, hojas y cobijas, mientras un intercambio de vidas había dado inicio. Fue así que la joven madre cerró los ojos y, en silencio, dejó de respirar.



La niña y la abuela, Pedro de David Salas Muñoz



naUFRAGIO

Daniel Isaí Mata Velázquez

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 7º semestre

Cuando yo era niño, tenía un papalote de un barco pirata, rojo, negro y amarillo, con unas velas alzadas que lo hacían parecer un animal disecado con las patas extendidas. Nunca se usó, porque se extravió un alambre que permitía dirigir sus telas al vuelo. Así que se puso como una lámpara bajo el foco del techo, de tal modo que mi cuarto parecía el cuerpo de un cadáver marino, insólito e insondable.

PIROCROMO

48

#26 infancia

Todo lo esquivo,
todo me parece ajeno,
todo cobra un aire distinto
cuando no se está despierto:
inerte y dormido.

Allá un vuelo de gaviota

[derrumba

las costas de las aguas de los

[sueños,

y todo cobra relieve,

todo se forma un antagonista

[de la luz

para sumergirse en las sombras.

Eso es soñar, pienso.

Es como estar en una sala oscura
en cuya pantalla se dibujan

[cansadas palomas

sobre un abismo azul de mar

[salvaje,

con contornos que se deforman
en el óxido de un naufragio

[perdido,

triste y vencido bajo el oleaje.

Me sumerjo

y el agua no toca mi cuerpo

ni mi piel dormida,

sin edad y sin sentido.

Me sumerjo

y nado tembloroso

hacia ese naufragio carmín

[de nube,

que en el mar parece

el cometa de mi infancia,

un cadáver

que se cansa y desvanece
en la negritud ahogada.

Y ahora no veo gaviotas,
ni soy un navegante
que respira con esfuerzo
[pausado,

como una expedición
a costa de oxígeno y vapor.
No, soy un niño
que está acostado
sobre una cama
de pliegues azules y balones,
como si ese naufragio
engullera al mar de un espasmo
para vomitar un cuerpo
hecho de papalote y tejido.

Las repisas, intactas,
no se han movido
y los cajones con ropa doblada
no han roto huesos
ni por su peso se han caído.

Y un horror mudo
de golpes tras la puerta se
[escucha
como las campanas que suenan
cuando un desconocido cruza
sin rostro y ausente
la puerta.

Y un videojuego sin jugar se
[apaga
y una luz de cuarto vacío invade
este espacio de ser yo
que he dejado en una caja de
[cartón bajo la cama.

Antes el sonoro martilleo de
[la aguja
de la máquina de coser
acompañaba las ventanas
antes se escucharon voces
antes se sintieron miradas
como una invitación de
[pertenecer a dos mundos
que en lo distinto se confrontan
[y diluyen.

Ahora, en cambio,
el piso no guarda sonidos
ni las ventanas los ojos que yacen
con un vacío a cuestras sobre la
[nada.

Y miro mis manos
y todo se transparenta
hasta perderme.
Y miro mis piernas
y todo se levanta
hasta marearme.
Y todo se vuelve triste
como si esa tristeza de niño
todavía ardiera en brasas,
en los muebles
de brazos rotos y sangre,
en un rincón de tiernas llamas,
que no es más que esa espera
a que la medianoche llegara
para ver a mamá
con sus brazos cansados
de sol en una oscura mañana.

Es como si la luna con sus cráteres
se haya hecho casa, muros
y una puerta de reja metálica:
ya no hay colores,





ya no hay sombras,
sólo un lento vaivén
que acompaña las cortinas
en sus ondas y abandonos.
Ya no hay tiempo,
y sólo parece existir la misma

[huella
en una atmósfera irrespirable.
Sólo queda el pausado paso,
el mismo conejo,
el mismo espacio sólido de arena
aunque se hayan caído cuadros,
desvanecidos monstruos e
[imperios
y rotos algunos espejos.

¿Qué es este sabor de saberse
[dormido
pero más despierto?
¿De ver los colores y sólo ver
[transparencias
que se bifurcan como ríos
con recuerdos como rocas,
con fantasmas como peces?

Y pasa que el naufragio
que está allá adentro, en las aguas,
no desaparece cuando creces,
sólo se inunda de puertas,
se inunda de mañana,
y se quita el olor de marinero
para apestar a pescado crudo
y perla putrefacta.

No me interrumpas todavía, digo.
Tú, tiempo que te disfrazas de
[salvavidas.
No me hagas despertar

en ese umbral
de superficie y frío,
el naufragio todavía no se hunde
ni se llena de sal
ni parece entre las escamas un
cadáver, un fantasma, un delirio.
Déjame ser yo, de nuevo,
déjame ser otra vez un niño
con ese juego de hallar
[cucarachas
en telarañas de polvosa seda
en la búsqueda de otros seres
más pequeños,
dueños de distantes veredas.

Guarda las sonrisas,
los sapos sacados del estanque,
las calaveras coloreadas con telas,
los dibujos, las cosquillas,
los juegos y las acuarelas.
Pero esquiva los golpes,
esquiva los insultos,
los afectos que mi cuerpo
no entiende, pero reproduce
y la sangre atorada
de llorar en unos ojos secos.

Y así, quizá, tiempo,
ese naufragio
no sea una oscuridad
en las fosas del océano.
Un barco que se deja
con sus velas esparcidas
de sal, gaviota y viento
alcanzar por un horizonte
donde descubra en el sol otros
[mares,
en mí, profundo y adentro.



PTAKI



Abel Campos de la Rosa

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

Contrario al resto del mundo —donde los fenómenos suceden distinto del orden natural de las cosas—, en Polonia el tiempo no tiende a desestabilizarse en favor de las circunstancias. Cuando era niño teníamos un reloj colgado en la cocina: cada segundo hacía un tic y cada minuto un tac. Yo solía contar los segundos (salvando las veces que eran mero vicio o costumbre) para comprobar que un minuto en verdad tenía sesenta. Y créeme, lector, que así es. Tengo autoridad en el tema porque el tiempo fue mi profesión de la infancia. Relojero, contador, tiempiero. Fuera de casa fui también conjetrador temporal, intuidor de segundos, sospechador de minutos transcurridos.

Recuerdo que el día en que mis padres desaparecieron conté los segundos de la mañana a la noche, desde las ocho hasta las ocho, esperando sorprenderlos con el dato. Algo como: “Se tardaron setecientos veinte minutos, cuarenta y tres mil doscientos segundos”.



Me transformaré en un pájaro y esto también lo tengo comprobado con arduos estudios. Condenado desde mucho antes de nacer, mi destino prefijado es volverme un mirlo. Sucederá, creo, en cuestión de pocos minutos.

Por eso es que cada mañana salgo a pasear por el bosque de Kampinos. Como el resto de seres vivos, los mirlos son proclives a fallecer. Yo los recojo, los examino, los anoto en una libreta, y los entierro. El propósito es quizá meramente católico: sucede que cada mirlo es propenso a albergar un alma dentro. Pero no me malen-

tiendas, lector, los animales no poseen espíritu como los hombres; sólo que algunos animales son humanos transformados mediante el doloroso método de la metamorfosis. Única explicación de los hechos inexplicables del mundo.

Básteme decir que en Varsovia suelen llover mirlos en plena ciudad. Nunca falta un día lluvioso de abril donde no caigan, en las calles o en el tejado de una casa, tres o cuatro mirlos. ¿Qué otra explicación para este fenómeno —inusual en otras tierras, por cierto— que la desorientación permanente de un humano vuelto bestia, aunada a nuestra necesidad irracional de las ciudades? He enterrado miles de mirlos en el bosque de Kampinos, pero quizá son más interesantes los que he encontrado en las calles de Varsovia. El año pasado encontré tres: dos machos y un joven, puede que también macho. Hace dos años encontré dos hembras; y hace tres años, cuatro jóvenes. La identificación es sencilla y no requiere de invasivos escrutinios: los machos son negros, las hembras son marrones, y los jóvenes son marrones con el pecho beige.

He de decir, por cierto, que nunca los encuentro juntos, sino distanciados por varios metros. Los mirlos son aves solitarias. Los griegos los designaron con el nombre de merula (posible diminutivo de mera, que significa ‘solo’). Son individualistas en extremo: cada uno de los mirlos se apropia de un territorio para sí mismo que mantiene y resguarda toda su vida. Sólo se permiten la compañía de su pareja.

Los mirlos tienen diversos cantos. Mi madre decía que son políglotas. No tengo manera de comprobarlo, pero sé que es así. Silogismo simple: si los mirlos son un alma humana y la lengua es el lenguaje del alma, el mirlo puede hablar tantas lenguas como el humano. Recorriendo el bosque de Kampinos he escuchado variedad de ritmos lingüísticos en el canto de los mirlos. Se llaman a sí mismos con entonaciones similares a las palabras *vögel*, *uccelli*, *tori*, *oiseaux*, *ptitsa*, *birds*, *nião*, pájaros, *ptaki*... Sobre todo *ptaki*.

La razón por la que hoy escribo esto es porque he encontrado dos mirlos que cayeron juntos en mi tejado: uno macho y otro hembra. No sé cómo proceder. Llegó el momento de mi metamorfosis y eso conlleva dejar mi religiosa búsqueda de mirlos. Debo legar mis conocimientos a alguien más. Pero ¿a quién? Si tan sólo el miedo no me hubiera impedido un hijo. ¿Quién más en Polonia tendría la decencia suficiente como para ofrecer un funeral de mirlos? De momento estoy

tranquilo: sé que los mirlos son ellos y eso me basta. Sí, son ellos: casi puedo ver en sus ojos el recuerdo de la cocina desde el cielo.

Creo que uno tiene que entender que demasiadas cosas pasan a pesar de la voluntad propia. Yo no quise que mi primera palabra fuera *marzyciel*, ni quise siquiera nacer polaco, ni mucho menos vivir en el 39. Pero así sucedió. Llamémosle Dios, llamémosle destino, fortuna, o llamémosle con el anticuado nombre de matemáticas. Cada infinita sucesión de eventos puede predecirse si se conocen las variables que la afectan. Quiero decir que nuestras almas son futuros mirlos, o al menos la mía (quizá la tuya no, lector, quizá la tuya es un tigre, un insecto, o un asno).

Si mi vida fuera una novela, éste sería el penúltimo capítulo. El augurio del final inminente: el punto máximo del conocimiento anticipado de mi propio final trágico. El último capítulo sería —evidentemente— la larga descripción de mi metamorfosis en mirlo (para los lectores, acaso metafórica; para mí, simple realidad).



Marzyłam, że tak jak moi rodzice zostanę ptakiem. Keine Neuigkeiten in den Rauchfeldern.



Ahora el reloj que yo tengo no funciona. Colgado en la cocina, no hace sino esperar a que cierta erosión en su madera le conceda caer al suelo y romperse. Sólo me queda intuir los segundos con la mente, como cuando niño. El lector creará que mi habilidad requería de una concentración perpetua y estable, pero se equivoca. Fuera de casa, sin reloj disponible, yo presentía el paso del tiempo, y cuando se me daba la oportunidad de comprobarlo, acertaba. Siempre acertaba.



El día en que el general Hajrich Marzyciel y su esposa Matyl-da, mis padres, desaparecieron el once o doce de febrero de 1919, yo desperté a las 8:10 gracias a las pisadas de varios caballos por la calle. Bajé a la cocina y sólo encontré el café todavía hirviendo. Los busqué.

Admito que los busqué. Cualquier otro niño hubiera entendido que no estaban, pero yo, que siempre fui metódico, los busqué. En su cuarto, en la sala, en el baño, en la biblioteca del segundo piso, debajo de los sillones, en cada cajón de cada mueble, incluso en mi propia habitación. Lo único que pude encontrar, sin embargo, fue una ventana abierta en la cocina por la que alcancé a ver, sobre las tejas anaranjadas de las casas, dos mirlos volando a lo lejos.



Desde la mañana de ayer hasta hoy en la noche –y perdone el lector cualquier mínimo fallo en mis cálculos– han pasado algo así como tres o cuatro minutos, como catorce segundos, como treinta y dos instantes. Ya no debería tardar mi transformación.



ÍNDICE DE imágenes

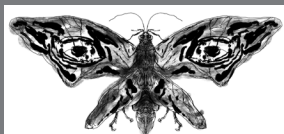


Dentro del círculo
Lintli Calderón

4

Pop princess
Victor M. Campos

11



PIROCROMIO

58

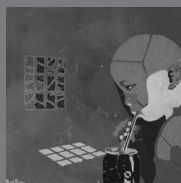
#26 infancia

Ratovech
Nespy5euro

15

Amadora 5 años pato
Carlos Luis Sánchez Becerra

18



El niño y la mar
Roberto Rodríguez

21

La piñata
Carlos Luis Sánchez Becerra

24



Corajitos
Mr. Pulp

29

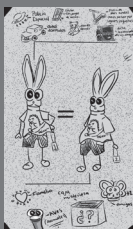
Play Ball 2
Carlos Luis Sánchez Becerra

31



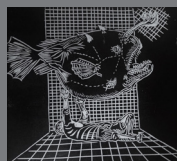
Esquema de un pequeño conejo
Woni

36



En el abismo
Pedro de David Salas Muñoz

44



Sasson Circus Sisters
Carlos Luis Sánchez Becerra

50

La niña y la abuela
Pedro de David Salas Muñoz

47



Mirtsoclck
Nespy5euro

57